

no es más que un «etíope» espiritual transformado en serpiente por «los lazos del dragón» (Sal 74, 13-14; Ap 12, 3-17; 13, 2. 4. 11; 16, 13; 20, 2). De modo que aun cuando diga que quiere bautizarse oír al Verbo que le reprocha: «¡Serpientes, raza de víboras! ¿Quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?» (Mt 3, 7; Lc 3, 7). Con respecto al cuerpo del dragón que comieron los etíopes, dice David: «Tú hendiste el mar con tu poder, quebraste las cabezas de los monstruos en las aguas; tú machacaste las cabezas del Leviatán y las hiciste pasto de las fieras» (Sal 74, 13-14).

Puesto que el Hijo de Dios existe por esencia y también el adversario; si de hecho cada uno es alimento para su correspondiente grupo de personas ¿por qué dudaremos en aceptar que todos los poderes más nobles o inferiores y asimismo los hombres pueden alimentarse de estas cosas?

San Pedro iba a compartir su amistad con el centurión Cornelio y los reunidos con él en Cesarea; luego comunicando la palabra de Dios a los gentiles. Entonces vio un «gran lienzo» atado por las cuatro puntas, que bajaba del cielo; en él había toda clase de cuadrúpedos, reptiles de la tierra (Hech 10, 11-12). Y cuando le fue dicho: «levántate, mata», él rehusó diciendo: «Jamás he comido nada profano e impuro» (Hech 10, 14). Pero le reprendió la voz: «Lo que Dios ha purificado no lo llames tu profano» (Hech 10, 15; 11, 9). Seguramente, pues, los alimentos puros o impuros, conforme a la ley de Moisés, distinción hecha según una gran variedad de animales, dice relación a las costumbres de seres racionales. La ley enseña que hay alimentos buenos para nosotros, pero no todos hasta que Dios los purificó haciéndolos aptos (Mt 13, 47).

13. Si esto es cierto y hay tal diferencia de alimentos, uno destaca entre todos: «nuestro pan sustancia de cada día». Hay que orar para ser digno de él y que, alimentados por el Verbo que estaba con Dios ya en el principio (Jn 1, 1) nos divinicemos. Pero dirían algunos que el *epiούσιον* («nuestro pan sustancial de cada día») se compone de «venir sobre» (*epieînai*) de manera que se nos manda pedir el pan propio de nuestro futuro para que Dios

nos lo de ahora anticipado. En consecuencia, el pan que nos será dado «mañana», por así decir, nos es anticipado «hoy», ya que el «hoy» significa el presente y «mañana» el mundo que ha de venir. Sin embargo, a mi juicio es mejor la primera interpretación.

Examinemos ahora la cuestión referente al «hoy» que añade Mateo y al «cada día» de Lucas. Se acostumbra en las Escrituras llamar con frecuencia «hoy» a toda época. Por ejemplo, «es el padre de los moabitas hasta hoy» (Gén 19, 37) y «es el padre de los ammonitas hasta hoy» (Gén 19, 38). «Y se corrió ese rumor entre los judíos hasta hoy» (Mt 28, 15. En los Salmos «Ojalá oye-rais hoy su voz. No endurezcáis vuestro corazón» (Sal 95, 7). Ejemplo muy claro se encuentra en el libro de Josué: «Si dejáis hoy de seguir al Señor es que os estáis rebelando hoy contra él» (Jos 22, 18). Si «hoy» equivale a decir todo el siglo, quizás «ayer» signifique la época precedente. Sostengo la hipótesis de que así se ha de entender en los Salmos y en la Carta de Pablo a los hebreos. Se dice en los Salmos: «Mil años son a tus ojos como un día, un ayer que se va, una vigilia en la noche» (Sal 90, 4). Tal vez sea éste el célebre milenio, idéntico al «ayer» y distinto del «hoy». En la carta del apóstol está escrito: «Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo y lo será siempre» (Heb 13, 8). Nada de extraño que Dios vea toda una época como uno solo de nuestros días, y aun menos a sus ojos.

14. También debemos examinar si las palabras escritas sobre fiestas o festivales públicos que tuvieron lugar según días o meses, estaciones o años, se refieren a siglos (Gál 4, 10). Porque si la ley proyecta su «sombra» en las cosas venideras (Heb 10, 1) es necesario que muchos sábados sean «sombra» de muchos días y que los novilunios se fijen por intervalos de tiempo y se cumplan coincidiendo con no sé qué lunas y sol. Y si el primer mes y los días entre el diez y el catorce, y la fiesta de los ácidos desde el catorce al ventiuno (Ex 12, 2. 3. 6. 15. 18) tienen una «sombra de mundo venidero», ¿quién es suficientemente

sabio (Os 14, 10) y tan amigo de Dios (Sant 2, 23) que vea el primero de muchos meses y el décimo día y los demás?

Y ¿qué voy a decir de la fiesta de las siete semanas (Dt 16, 9) y del séptimo mes cuyo día de la luna nueva se anuncia con trompetas y el décimo es el día de la expiación? (Lev 16, 29; 23, 24 y 27-28). Dios conoce estas cosas y por eso dio sus leyes. ¿Quién conoce con profundidad la mente de Cristo hasta el punto de comprender el sentido de los siete años en que los siervos hebreos obtenían la libertad, se perdonaban las deudas y quedaba de barbecho la tierra santa? (Ex 2, 1-2; Lev 25, 4-7; Dt 15, 1-3). Hay una fiesta más importante aún que la de cada siete años o jubileo (Lev 25, 8; 27, 17). Pero nadie alcanza a tener idea clara de cuán grande sea esta fiesta y que en ella se cumplen verdaderas leyes. Lo entienden quienes hayan contemplado el plan del Padre disponiendo todas las edades conforme a sus inescrutables designios y caminos inexplorables (Rom 11, 33).

15. Comparando los textos del apóstol me he quedado perplejo sobre cómo éste sea el «fin de los tiempos» en que Jesús «ha aparecido de una vez para siempre a fin de acabar con el pecado» si a este tiempo han de suceder otros siglos. Textualmente dice: «Se ha manifestado ahora de una sola vez en la plenitud de los tiempos para la destrucción del pecado mediante el sacrificio de sí mismo» (Heb 9, 26). En Carta a los Efesios: «A fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia por su bondad para con nosotros» (Ef 2, 7). Permi-tiéndome discurrir sobre este laberinto pienso de este modo: un año termina con su último mes y sigue luego el comienzo de otro. Así tal vez cuando muchas edades se hayan concluido, como si fuese un año de edades, por decirlo así, al final de la era presente vendrán otras cuyo principio se dice el mundo venidero. En ese mundo futuro mostrará Dios las riquezas «de gracia por su bondad», puesto que el mayor pecador que haya blasfemado contra el Espíritu Santo y que haya estado en pecado desde el inicio hasta el fin de su vida en el tiempo presente, después, en la época venidera será puesto en orden, yo no sé cómo.

16. Supongamos que alguno ve estas cosas y comprende lo que es una semana de siglos. Todo está enfocado al santo descanso sabático, habiendo entendido también un mes de siglos, santo novilunio de Dios. Si imagina un año de edades ha de contemplar también las fiestas del año en que todo varón se presentará delante del Señor Dios (Dt 16, 16; Col 2, 16). Si alcanza a los años de los grandes siglos correspondientes, comprenderá el santo año séptimo y las siete semanas de septenarios.

En consecuencia lógica de esta prolongada meditación cantamos himnos de alabanza a aquél que dio tan grandes leyes. ¿Cómo puede tal persona pensar que la mínima porción de una hora en una día de épocas tan grandes tiene poca importancia? ¿cómo va a dejar de hacer todo lo que puede para que, después de la preparación en este mundo merezca alcanzar «nuestro pan sustancial de cada día» en el tiempo llamado «hoy» o «de la vida»? Después de la precedente exposición ya se entiende lo que significa «cada día». Como Dios vive por infinidad de infinidades, el que pide a Dios no sólo «hoy» sino «cada día» llegará a alcanzarlo de «aquel que tiene poder para realizar todas las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar» (Ef 3, 20). Si se me permite hablar hiperbólicamente, diré que alcanzará aún más de «lo que ni el ojo vio ni el oído oyó ni al corazón del hombre llegó» (1 Cor 2, 9).

17. Me ha parecido necesario discurrir sobre el «hoy» y «cada día» para que entendamos cuando pedimos a Dios el pan de «cada día». Profundizamos nuestra reflexión preguntándonos sobre la palabra «nuestro» que pone Lucas. Según esto, no se dice «danos hoy nuestro pan sustancial» sino «nuestro pan sustancial dánosle cada día». Surge la cuestión de cómo este pan puede ser nuestro, según dice el apóstol: «La vida, la muerte, el presente, el futuro, todo es vuestro» (1 Cor 3, 22).

- f) PERDONA NUESTRAS DEUDAS ASÍ COMO NOSOTROS
PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

28. Nuestras deudas

1. En la versión de Lucas: «Perdona nuestras ofensas porque también nosotros perdonamos a todo el que nos ofende». Con relación a las deudas dice el apóstol: «Dad a cada cual lo que se le debe; a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor. Con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor» (Rom 13, 7-9). Estamos en deuda, pues tenemos ciertas responsabilidades no sólo de dar sino también de hablar con amabilidad y de poner en práctica ciertas obras. Más aún, estamos «obligados» a tener buena disposición con los demás. Como estamos adeudados de tantas maneras o pagamos conforme está mandado en la ley de Dios, o, haciendo desprecio al Verbo, no lo pagamos y quedamos en deuda.

2. De igual modo hay que proceder en las deudas para con nuestros hermanos, sean estos regenerados con nosotros en Cristo o porque son hijos del mismo padre y madre que nosotros. Tenemos también deuda con respecto a los ciudadanos y por igual con todos los hombres. En particular con huéspedes y personas de tal edad que pudieron ser nuestros padres; deuda especial con quienes es justo honremos como hijos o hermanos. Así, pues, la persona que no cumple como se debe con el hermano queda en falta por su omisión. Nuestra deuda es mayor cuando dejamos de hacer en bien de los demás lo que nos obliga el Espíritu de sabiduría que ama a los hombres.

Tenemos obligaciones con nosotros mismos y las cosas referentes al cuerpo, no para derrochar a impulsos del amor desordenado. Estamos obligados a cuidarnos mucho del alma: fomentar pensamientos dignos, agudeza de ingenio, decir palabras provechosas, no hirientes o inútiles (Mt 12, 3). Siempre que faltamos

en cumplir obligaciones que tenemos con nosotros mismos se agrava nuestra deuda.

3. Sobre todo por ser nosotros hechura e imagen de Dios (Ef 2, 10) hemos de mantener para con él una disposición de amor que brote del corazón de nuestras fuerzas y de nuestra mente (Mc 12, 30; Lc 10, 27; Mt 22, 37; Dt 6, 5). Si no cumplimos esto con perfección quedamos adeudados con Dios pues pecamos contra el Señor. Y en tales circunstancias ¿quién rezará por nosotros? Porque «si un hombre peca contra otro hombre, Dios será el árbitro; pero si el hombre peca contra el Señor ¿quién intercederá por él?» (1 Sam 2, 25), como dice Elí.

Por habernos comprado Cristo con su sangre le estamos adeudados, como un siervo está adeudado por la cantidad de dinero del que le compró. Estamos también adeudados con el Espíritu Santo «por el que fuimos sellados para el día de la redención» (Ef 4, 30). Pagamos esta deuda cuando no le contristamos ni hacemos nada que le ofenda. Lo evitamos cuando él está presente en nosotros dando vida al alma (Jn 15, 8; 1 Pe 3, 18; 2 Cor 3, 6). Aunque no conocemos con claridad cuál sea el ángel asignado a cada uno de nosotros «que ve constantemente el rostro del Padre en los cielos» (Mt 18, 10), sin embargo, está claro que quien lo considere verá que le somos deudores en algunas cosas. Si es verdad que estamos en un teatro ante el mundo, delante de los ángeles y de los hombres (1 Cor 4, 9) debemos saber que una persona en el teatro tiene que decir o hacer algunas cosas ante los espectadores. Si no las hiciere se le castiga porque de ese modo ha insultado a todo el teatro. A nosotros, somos deudores a todo el mundo, ángeles y hombres, por las cosas que aprenderamos, si quisiésemos, de la sabidura.

4. Viniendo a casos particulares diríamos que una viuda atendida por la Iglesia tiene una deuda; deuda tienen también el diácono y el presbítero. Gravísima es la deuda del obispo, que ha de pagarle al Salvador de toda la Iglesia, quien le sancionará si no la paga (1 Tim 5, 3. 16. 17). El apóstol habla de una deuda común al hombre y la mujer cuando dice: «Que el marido dé a su mujer

lo que debe y la mujer dé igual al marido». Y añade: «No os neguéis el uno al otro» (1 Cor 7, 3-5).

¿Para qué hablar de todas las deudas que tenemos si el lector puede claramente verlo a través de lo dicho con todas las circunstancias? O nos pondrán presos si las pagamos o quedamos libres pagándolas. De todos modos no pasa una hora del día o de la noche en esta vida sin que tengamos alguna deuda.

5. Uno paga o se niega a pagar, pues en nuestra vida ambas cosas son posibles. Algunos hay que no deben nada a nadie (Rom 13, 8). Algunos pagan casi todas las deudas, menos alguna cosilla que les quede, mientras que otros pagan algo y les queda casi todo por pagar.

Algunos no pagan nada sino que todo lo deben. Sin embargo, aun la persona que todo lo paga, sin quedar a deber nada, necesita del perdón por las deudas que tuvo anteriormente. El que de veras se esfuerza en hacerse como éste por algún tiempo a fin de pagar las deudas que le quedaban merece ciertamente perdón. Pero los hechos ilegales impresos en el alma quedan como cargo contra nosotros (Col 2, 14). Conforme a ésto seremos juzgados, pues son como documentos para ser aducidos cuando todos tengamos que comparecer ante el «tribunal de Cristo para que cada cual reciba conforme a lo que ha hecho» (Rom 14, 10; 2 Cor 5, 10). Se refieren también a estas deudas las palabras de los Proverbios: «No seas de los que chocan la mano y salen fiadores de préstamos, porque si no tienes con qué pagar te tomarán el lecho en que te acuestas» (Prov 22, 26-27).

6. Si tantas deudas tenemos con mucha gente, también es cierto que mucha gente tiene deudas con nosotros. Unos nos deben como a hombre, otros como a ciudadanos, otros como a padres o a hijos. Además, como a esposos las esposas y como a amigos los amigos. Pero cuando alguno de nuestros deudores se muestre moroso en pagar lo que nos debe, nos portaremos amablemente con ellos, sin enemistarnos, recordando nuestras propias deudas y con cuanta frecuencia hemos retrasado el pago tanto a los hombres como al mismo Dios. Porque si recordamos

las deudas que no hemos pagado por no haber querido cuando tuvimos ocasión de hacer tal o cual cosa por el prójimo, deberíamos ser más amables con los que no nos han pagado lo que nos deben. Esto tiene lugar especialmente si tenemos en cuenta nuestras ofensas contra Dios, y nuestro lenguaje altanero (Sal 73, 8) por ignorantes o por circunstancias que nos han sobrevenido.

7. Pero si no queremos mostrarnos amables con nuestros deudores, debemos recordar lo que sucedió al siervo que se negó a perdonar los cien denarios que le debía el compañero. Según la parábola del Evangelio, a él le habían perdonado antes. Por eso, el amo, enojado, le hizo pagar cuanto le había perdonado y le dijo: «No debías tú también compadecerte de tu compañero como yo me compadecí de ti? Y encolerizado su señor le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía» (Mt 18, 33-34; 25, 26). El Señor hizo la aplicación: «Eso mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano» (Mt 18, 35). Cierto. Siempre que se arrepientan los que nos hayan ofendido hay que perdonarlos, aunque esto ocurra muchas veces. Está escrito: «Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente perdónale. Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces se vuelve a ti, diciendo: 'Me arrepiento', le perdonarás» (Lc 17, 3-4). No seamos duros con los que se arrepienten. Son ellos los que se perjudican porque «quien deja la corrección se desprecia a sí mismo; quien escucha la corrección adquiere sensatez» (Prov 15, 32).

Hemos de intentar por todos los medios posibles la curación de gente así, aún para las personas totalmente pervertidas, incapaces de reconocer los propios males y ebrios con borrachera más perniciosa que la del vino, aquella que proviene de las tinieblas del mal (Prov 20, 1-7; Mt 24, 49).

8. Lucas dice: «Perdónanos nuestros pecados», pues todo pecado es consecuencia de nuestras deudas. Dice lo mismo que Mateo, pero no limita el perdón sólo al deudor que se arrepiente. Dice que nuestro salvador nos manda orar de este modo: «Porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe» (Lc 11, 4).

Todos podemos perdonar a cuantos nos ofenden conforme a la expresión: «Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6, 12) o la otra: «Porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe». Quien sigue a Cristo y es como los apóstoles, de modo que por los frutos se le conozca (Mt 7, 16- 20; Lc 6, 44); el que ha recibido al Espíritu Santo haciéndose espiritual, guiado por el Espíritu Santo como hijo de Dios juzga espiritualmente (1 Cor 2, 14-15; Rom 8, 14; Gál 5, 18). Uno así perdona lo que Dios perdona y retiene los pecados incurables como los profetas, no hablando con sus propias palabras sino las que Dios quiera (Jn 20, 23). Así también sirve a Dios, el único que tiene poder para perdonar.

9. En el Evangelio de Juan las palabras sobre el perdón de los pecados son éstas: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retenáis les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Si alguien tomara estas palabras a la ligera culparía a los apóstoles de no perdonar todo lo perdonable y de retener pecados que Dios tampoco perdonaría.

Un ejemplo tomado de la ley nos ayudará a entender que Dios perdona los pecados a los hombres por medio de los hombres. Se prohibía a los sacerdotes en la ley ofrecer sacrificios por determinados pecados para que la gente obtuviera el perdón deseado. Pues aunque el sacerdote tiene autoridad para ofrecer sacrificios por pecados de inadvertencia o ciertos delitos, sin embargo no ofrece «holocaustos ni sacrificios de oblación» (Sal 40, 7) por los pecados de adulterio, homicidio voluntario, o cualquier otra falta grave. De igual modo, los apóstoles y equiparados a ellos, como son los sacerdotes instituidos por el sumo sacerdote, que han recibido conocimiento del poder con que Dios perdona y saben, bajo la inspiración del Espíritu, por qué pecados y cómo hay que ofrecer sacrificios y por cuáles no deben hacerlo. Como procedió el sacerdote Elí cuando supo que sus hijos OfnÍ y Finés habían pecado. Comprendió que no podía contribuir al perdón de sus pecados, lo reconoció como caso perdido y dijo: «Si un hombre peca contra otro hombre Dios será el árbi-

tro; pero si el hombre peca contra el Señor ¿quién intercederá por él?» (1 Sam 2, 25).

10. No sé como hay algunos que se arrojan poderes por encima de su dignidad sacerdotal. Tal vez por carecer de formación. Alardean de perdonar incluso la idolatría, adulterio y fornicación, suponiendo que todo se perdona con sólo orar por quienes se atrevieron a cometer tan graves pecados. Porque no han leído: «Hay un pecado que es de muerte, por el cual no digo que se pida» (1 Jn 5, 16). Recordemos aquí el caso de Job, que ofreció sacrificios por sus hijos diciendo: «No sea que mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en su corazón» (Job 1, 5). Ofreció el sacrificio por dudar si sus hijos habían pecado, y por pecados que no habían sido manifiestos por palabra.

g) Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN, MÁS LÍBRANOS DEL MALO

29. ¡Oh Dios, no me abandones!

1. Si el Salvador no nos manda pedir cosas imposibles, me parece justo preguntar por qué se nos ha mandado pedir que no nos deje caer en la tentación, siendo tentación toda la vida del hombre sobre la tierra. Estamos en tentación por el mero hecho de vivir en la tierra, rodeados de la carne que lucha contra el Espíritu, sus apetencias contra Dios, pues no aguanta la sumisión a la ley de Dios (Sant 4, 1; 1 Pet 2, 11; Gál 5, 17; Rom 8, 7).

2. Job nos enseña que es tentación la vida del hombre sobre la tierra. Dice textualmente: «¿No es una milicia lo que hace el hombre por la tierra?» (Job 7, 1). Lo mismo se dice en el Salmo 17: «Pero tú me librarás de la tentación» (Sal 17, 30, vers. LXX). No escribió Pablo a los corintios que iban a estar libres de tentaciones sino que Dios no permitiría fueran tentados por encima de sus fuerzas. Dice así: «No habéis sufrido tentación superior a la medida humana. Y fiel es Dios que no permitirá seáis

tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará modo de poderla resistir con éxito» (1 Cor 10, 13).

Porque, o luchamos contra la carne que codicia y milita contra el Espíritu (Ef 6, 12; Gál 5, 17; Sant 4, 1; 1 Pet 2, 11) o contra el principio de toda carne (Lev 17, 11), sinónimo de la potencia rectora que habita en el cuerpo y llamamos «corazón». Es lucha que sufre todo el que está sometido a la tentación. El combate tiene lugar con los más fuertes y perfectos atletas, que no luchan «contra la carne y la sangre sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que están en las alturas» (Ef 6, 12). No son meramente humanas las tentaciones que sufren estos atletas. Incluso estos héroes. Todos estamos sujetos a la tentación.

3. ¿Cómo es eso de que nuestro Salvador nos mande orar para no caer en la tentación, cuando Dios tienta a todos de igual manera? Judit dijo a los ancianos de su tiempo y a cuantos leen su libro: «Recordad lo que hizo con Abrahán, las pruebas porque quiso pasar a Isaac, lo que aconteció a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando pastoreaba el rebaño de Labán, hermano de su madre. Cómo los puso a ellos en el crisol para sondear sus corazones. Así el Señor nos hiere a nosotros que nos acercamos a él, para amonestarnos, no para castigarnos» (Jdt 8, 26). David manifiesta en general lo que sucede a todos los justos diciendo: «Muchas son las desgracias de los justos» (Sal 34, 20). El apóstol dice en el Libro de los Hechos: «Es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios» (Hech 14, 22).

4. Muchas gentes que se interesan por la oración no entienden lo de «no nos dejes caer en la tentación». Si no lo entendemos tampoco nosotros, deberíamos decir que los apóstoles oraron y muchas veces no fueron escuchados. ¡Cuántos miles de sufrimientos a lo largo de sus vidas, con muchos trabajos, azotes, prisiones, peligros de muerte! (2 Cor 11, 23). Pablo recibió de manos de los judíos cuarenta azotes menos uno, tres veces fue

azotado con varas, una apedreado, tres veces naufragó, un día y una noche estuvo perdido en el mar (2 Cor 11, 24-25). Fue un hombre con tribulaciones de toda clase, con ansiedades, persecuciones, abatimiento (2 Cor 4, 8-9). Y a pesar de todo confiesa: «Hasta el presente pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados, andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan bendecimos. Si nos persiguen lo soportamos. Si nos difaman respondemos con bondad» (1 Cor 4, 11-13). Si los apóstoles no tuvieron respuesta a sus oraciones ¿qué esperanza puede tener una persona mucho más insignificante que ellos?

5. Se dice en el Salmo 26: «Escrúteme, Señor, ponme a prueba, pasa a crisol mi conciencia y mi corazón» (Sal 26, 2). Quizás alguno sin analizar con detenimiento el contenido del precepto del Salvador pueda suponer razonablemente que este versículo del Salmo está en contradicción con lo que nuestro Señor enseñó sobre la oración. Pero ¿quién ha supuesto jamás que estaría libre de tentaciones llevando sólo cuenta de los que él conoció? ¿cuándo será el tiempo en que no haya que luchar para mantenerse sin pecado?

¿Es alguno pobre? Tenga cuidado «no se dé al robo e injurie el nombre del Señor» (Prov 30, 9) ¿Es rico? Que no se engría porque puede engañarse y llegar a decir: «¿Quién me ve?» (*ibid.*). En verdad, ni siquiera Pablo, «rico en todo palabra y en todo conocimiento» (1 Cor 1, 5) estuvo exento del peligro de pecar y de enorgullecerse por ello; le fue dado «un ángel de Satán que le abofeteara para no engrirse» (2 Cor 12, 7). Incluso si alguien tiene conciencia tranquila y se mantiene alejado del mal lea lo que se dice de Ezequías en el segundo libro de las Crónicas: «Se ensoberbeció en su corazón» (2 Crón 32, 25).

6. Por no haber hablado apenas de la pobreza, quizás alguno desdeñe las tentaciones del pobre como si él no las tuviese. Sepan que el Conspirador acecha para destruir al pobre (Sal 37, 14), en particular cuando «el pobre no puede resistir a la amenaza» (Prov 13, 8). ¿Para qué mencionar casos numerosos de quie-

nes van al lugar de castigo del hombre rico del Evangelio (Lc 16, 22-24) por no haber administrado rectamente las riquezas materiales? Y ¿cuántos otros perdieron la esperanza del cielo (Col 1, 5) por sobrellevar indignamente la pobreza viviendo en libertinaje y bajezas que «no convienen a los santos»? (Ef 5, 3). Ni tampoco los de moderadas pasiones que se hallan en medio de estos extremos de riqueza y pobreza están exentos de pecado.

7. Hay personas rebosantes de salud corporal que, por su vitalidad, piensan estar más allá de cualquier tentación. Pero ¿quiénes son precisamente sino ellos los que destruyen el templo de Dios? (1 Cor 3, 17). No hay por qué hablar más de esto, pues está a la vista de todo el mundo. ¿Acaso los enfermos se libran de provocaciones para destruir el templo de Dios cuando la misma ociosidad les ofrece ocasiones para consentir en pensamientos impuros? ¿Para qué voy a decir cuantas cosas, además de éstas, le turbarán, si por encima de todo cuidado no guardan el corazón? (Prov 4, 23). Hay muchos que bajo el peso del sufrimiento y no sabiendo cómo sobrellevar de buen grado las enfermedades perjudican más al alma que al cuerpo cuando están enfermos. Otros muchos por evitar la dehonra han caído en la humillación eterna, porque se han avergonzado de llevar el glorioso nombre de Cristo.

8. Quizás piense alguno que no tendrá tentaciones cuando le glorifiquen los hombres. Pero ¿cómo podremos ahorrarnos la dura sentencia: «ya recibieron su recompensa»? (Mt 6, 2). Esto fue dicho a quienes se complacían en la gloria de las gentes como si esto fuera algo bueno. Podremos librarnos de este reproche. «¿Cómo podéis creer vosotros que aceptáis gloria unos de otros y no buscáis la gloria que viene de sólo Dios?» (Jn 5, 44). Y ¿para qué mencionar los pecados de orgullo de quienes se creen de la nobleza? Lo mismo por parte de la sumisión aduladora a los supuestos señores, debida a la ignorancia de los súbditos. Sumisión que aparta de Dios a los que finjen afecto pero en realidad carecen de amor, que es el más noble valor humano.

9. Por eso, como queda dicho, tentación es toda la vida del hombre en la tierra (Job 7, 1). Pidamos, pues, vernos libres de la tentación. No puede menos de haber tentación mientras vivamos en este mundo. Lo que pedimos es no sucumbir cuando llegue la prueba. El que no vence cae dentro de la tentación como aprisionado en fuerte malla. El Salvador pasó por estas redes en atención a los que habían caído antes en ellas. Según el Cantar de los Cantares, «mirando por las ventanas» responde a los que antes han quedado presos en la tentación y les dice como a la esposa: «Levántate, amada mía, hermosa mía y vente» (Cant 2, 9-10). Para demostrar que el hombre está sujeto a la tentación en todo tiempo añadiré que no está libre de tentaciones ni siquiera el que noche y día «se complace en la ley del Señor» (Sal 1, 2) y se esfuerza en llevar a cabo la sentencia: «La boca del justo da frutos de sabiduría» (Prov 10, 31).

10. ¿Para qué hablar de los muchos que dedicados al estudio de las Escrituras interpretaron erróneamente lo anunciado por la ley y los profetas? Lo tergiversaron por doctrinas ateas, impías, necias y ridículas. ¡Cuántos son los que tropiezan por este camino, aun cuando no se sientan culpables por la ofensa que hacen a las Escrituras! Muchos otros han sufrido la misma fatalidad con respecto a las Cartas y Evangelios figurándose con sus estupideces a un Hijo y a un Padre distintos de lo que enseña la verdad y la teología de los santos. Porque quien desconoce la verdad sobre Dios y su Cristo se aparta del verdadero Dios y de su Hijo unigénito. Imaginándose que el Padre y el Hijo son el fantasma que se han creado en su imaginación, esos sujetos no adoran en realidad. Les ocurre eso por no haber entendido que también hay tentación en la lectura de la Biblia y no estaba armado y listo para la batalla que le vino incluso allí dentro.

11. Por tanto, debemos orar no para estar libres de tentaciones, lo cual es imposible, sino para que en la tentación no caigamos como sucede a quienes son vencidos y quedan atrapados en ella. Vemos que aún fuera del Padrenuestro está escrito: «que no caigáis en tentación» (Mt 26, 41; Mc 14, 38; Lc 22, 40). Esto se

puede entender con lo que llevamos dicho. En la oración debemos decir a Dios Padre: «No nos dejes caer en la tentación». Por eso justamente podemos entender que Dios a uno que no ora ni ha sido escuchado le deje «caer en la tentación». Dios no hace caer a ninguno en la tentación como si lo entregara a la derrota. El que cae había sido ya antes vencido. La misma dificultad ocurre con esta frase, interprétese como se quiera: «Pedid que no caigáis en tentación» (Lc 22, 40). Porque, si caer en tentación es un mal que nosotros pedimos no nos sobrevenga, ¿cómo no va a ser absurdo pensar que Dios, siendo bueno, de quien no pueden brotar malos frutos (Mt 7, 18) tienda redes del mal a nadie?

12. Viene bien a este respecto añadir lo que Pablo dice en su Carta a los Romanos: «Jactándose de sabios se volvieron estúpidos y cambiaron la gloria de Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. Por eso, los entregó Dios a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sus cuerpos». Seguidamente añade: «Por lo cual los entregó Dios a pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer se abasaron en deseos los unos por los otros», etc. Y luego: «Como no tuvieron a bien guardar el verdadero conocimiento de Dios, entrególos Dios a su muerte réproba, para que hicieran lo que no conviene» (Rom 1, 22-24. 26-28).

Todo esto deben tenerlo en cuenta los que hablan de dos dioses y dan por supuesto que uno es el bueno, el Padre de nuestro Señor y otro es el Dios de la ley. A tales personas hay que decirles: supónganse que Dios, el bueno, hace caer en la tentación al que no consigue lo que pide. Supongan también que el Padre de nuestro Señor, a los que antes habían cometido algún pecado los abandona «a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonren entre sí sus cuerpos» (Rom 1, 24). Supónganse que, como ellos mismos dicen, sin juicio ni castigo, los abando-

na a «pasiones infames» y «a mentes réprobas para que hagan lo que no conviene» (Rom 1, 26-28).

Dando por supuesto todo eso los que ahora se hallan casi caídos ¿no se habrían entregado ellos mismos a las «apetencias de sus corazones» aun cuando no los hubiera abandonado Dios? No habrían ellos por sí mismos caído en «mentes réprobas» independientemente de si Dios los dejaba de su mano?

13. Sé muy bien que estos planteamientos contrarían grandemente a las gentes de quienes venimos hablando. Son gentes que se inventan otro Dios, distinto del creador de cielos y tierra, porque encuentran en la ley y los profetas muchas expresiones que, a su parecer, están en contradicción con el Dios que no podría ser bueno si de él hubieran venido tales palabras.

Por las dudas que suscita la frase «no nos dejes caer en la tentación» he citado los textos del apóstol. Veamos ahora si hallamos soluciones razonables para tales absurdos. Creo que Dios orienta toda alma racional en vista de su vida eterna. El alma conserva siempre su libre albedrío. Por su propia resolución alcanza los más nobles propósitos subiendo paso a paso hasta la cumbre del bien, o por descuido va descendiendo de mal en peor hasta el abismo del mal. La facilidad y rapidez con que algunos son perdonados les impide ponderar la gravedad en que han caído por la facilidad del remedio. De ahí que caigan fuertemente después de haberse levantado. En tales casos Dios, con razón, finge no ver el mal que sigue aumentando y parece despreocuparse de ello hasta llegar a ser incurable en ellos.

Con esto se propone Dios dejarlos hasta que se hastíen de ser tanto tiempo víctimas del mal y, hartos ya del pecado que desean, reconozcan el daño que se han hecho. Entonces odiarán lo que antes amaban; y pues con mayor vigor experimentan la curación pueden ahora beneficiarse de la salud del alma recuperada. Ejemplo. Una vez, la gente «mezclada» con los hijos de Israel «tenían muchas ganas de comer carne», y «los hijos de Israel también se sentaron y Lloraban diciendo: ¿Quién nos dará carne para comer? ¿Cómo nos acordamos del pescado que comí-

amos de balde en Egipto y de los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos! En cambio, ahora tenemos el alma seca. No tenemos nada. Nuestros ojos no ven más que el maná» (Núm 11, 4-6). Y un poco más adelante: «Moisés oyó llorar al pueblo, cada uno en su familia, a la puerta de la tienda» (Núm 11, 10). Y de nuevo el Señor dice a Moisés: «Dirás al pueblo: ‘Santificaos para mañana, que vais a comer carne ya que os habéis lamentado a oídos del Señor diciendo: ¿Quién nos dara carne para comer? Mejor nos iba en Egipto. Pues el Señor os va a dar carne y comeréis. No un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte sino un mes entero hasta que os salga por las narices y os dé nauseas, pues habéis rechazado al Señor que está en medio de vosotros, y os habéis lamentado en su presencia diciendo: ¿Por qué salimos de Egipto?’» (Núm 11,18-20).

14. Veamos si esta historia nos puede ayudar a resolver las contradicciones que hemos encontrado en «no nos dejes caer en la tentación» y en los textos del apóstol. La gente que se había mezclado con los hijos de Israel tenía muchas ganas de comer carne y lloraban. Y los hijos de Israel con ellos. Claro está que mientras obtuvieran lo que anhelaban no podían hartarse ni apagar su pasión. Pero Dios, que es benigno y justo, al concederles lo que deseaban, no quería les quedase apetito desordenado. Por eso les dice que comerán carne no un solo día, pues continuaría la pasión en su alma comiendo carne por tan corto tiempo. Dios quiso que comieran hasta sentir hastío. Así, pues, más que prometer concedérselo parece amenazarles con dárselo diciendo: Vais a estar comiendo carne no por cinco días o el doble de esto sino por todo un mes, hasta que os salga por las narices con repugnancia. Eso que suponíais bueno es realmente torpe y vergonzoso. Me propongo haceros libres cuando ya no codiciéis nada. Si realmente os liberáis de este modo, purificados de vuestros apetitos, recordando cuánto tuvisteis que sufrir para conseguirlo, no volveréis a caer en esta falta. Pero si, pasado mucho tiempo, os olvidáis de lo mucho que la codicia os hizo sufrir; si no hacéis caso y aceptáis la Palabra, que os libra perfectamente

de toda pasión, entonces caeréis en el mal. Suspirando una vez más por vuestro caprichos en el futuro, volveréis a caer de nuevo en la misma pasión. Pero si odiáis lo que ahora deseáis con ansia, entonces os convertiréis hacia las cosas nobles y lo celestial que desprecian los que se nutren de bajezas.

15. Algo parecido sienten los que «cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles» (Rom 1, 24). Por apartarse de Dios, él los «abandonó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos» (Rom 1, 24). Ellos han degradado el nombre de Dios hasta equipararlo con un cuerpo sin alma, sin sentidos. Aquel que da a todos el poder sentir, pensar y aun obrar con perfección. Es justo que esa gente, por haber abandonado a Dios y ser abandonados por él caigan en «pasiones infames» y reciban «el pago merecido por su extravío» (Rom 1, 26-27), que les indujo al amor degradante. Se les aplica la pena debida a su error entregándolos a pasiones infames en vez de purificarlos con el fuego espiritual (Is 4, 4; Mal 3, 2) haciéndoles pagar en la cárcel toda su deuda, hasta el último céntimo (Mt 5, 25-26; Lc 12, 58-59). Al ser entregados a pasiones ignominiosas, unas de abusos naturales y otras contra naturaleza, se manchan y degradan carnalmente como si no tuvieran alma ni entendimiento y fueran sólo corrupción. En cambio, con el fuego y cárcel no son castigados por sus yerros antes bien se enriquecen con la purificación que les proporcionan aquellos sufrimientos saludables. Se libran de la inmundicia y de la sangre de que estaban manchados hasta el punto de pensar que no podrían ya salvarse de su propia perdición. Así «lavará el Señor la inmundicia de la hija de Sión y las manchas de sangre de Jerusalén quedarán limpias por el viento justiciero y abrasador» (Is 4, 4). El Señor vendrá «como fuego de fundidor y como lejía de lavadero» (Mal 3, 2-3) lavando y purificando a los que necesitan tales remedios de purificación, porque no han querido reconocer a Dios como es debido. Pero cuando se les hayan aplicado estos remedios, odiarán de corazón su «mente réproba» (Rom 1,

28). Dios no quiere que nadie acepte el bien por necesidad sino con plena libertad. Tal vez haya algunos que por larga costumbre del mal se les haga muy difícil entender la propia torpeza y la detesten considerándola como falsa apariencia del bien.

16. Podría pensarse aquí si no sería ésta la razón por la que se endureció el corazón de Faraón (Ex 7; 3; , 19; 9; 12. 35;10, 1 20. 27; 11, 10), de modo que, cuando no lo tenía endurecido llegara a decir: «Ahora sí, confieso mi pecado; el Señor es justo, yo y mi pueblo somos inicuos» (Ex 9, 27). Sin embargo, necesitó de mayor endurecimiento no fuese que cesando enseguida la dureza de corazón lo tuviese por malo y mereciese ser de nuevo endurecido. Por tanto, «no es injusto tender redes a los pájaros», como se dice en Proverbios (1, 17), porque Dios los «lleva al lazo» según dice el Salmo: «Nos prendiste en la red» (Sal 66, 11). Ni el más insignificante, el gorrión, «cae en el lazo» sin que el Padre lo consienta (Mt 10, 29; Lc 12, 6), si bien que el pájaro cae en el lazo por usar rectamente de su poder, de sus alas para subir a lo alto. Sobre estas bases oremos para no merecer que Dios en sus justos juicios nos deje caer en la tentación. Él deja caer en la tentación a quien se «entrega a las apetencias del corazón hasta la impureza» (Rom 1, 24). A todos estos los abandona a «pasiones infames» (Rom 1, 26). Y por «no guardar el verdadero conocimiento de Dios los entrega a ‘mente réproba’ y conducta indigna» (Rom 1, 28).

17. Esta es la utilidad de la tentación. Nadie conoce, ni el propio sujeto, lo que el alma haya recibido. Sólo Dios lo sabe. Por las tentaciones se pone de manifiesto, de manera que nos podamos conocer. Por eso podemos reconocer incluso los propios males que la tentación nos hace ver. En el libro de Job y en el Deuteronomio consta que las tentaciones sirven para manifestar lo que somos dando a conocer los secretos del corazón. Textualmente dice Job: «¿Piensas que te he probado por alguna otra razón que poner de manifiesto tu rectitud?» (Job 40, 8, versión LXX). Y en el Deuteronomio: «Te humillé, te hizo sentir hambre, te dio a comer el maná..., te ha conducido a través de este desier-

to grande y terrible entre serpientes y escorpiones, lugar de sed y sin agua... para humillarte, probarte y conocer lo que habla en tu corazón» (Dt 8, 2. 3. 15).

18. Si queremos recordar casos de la Biblia, sepamos que el fácil engaño y razonamiento insensato no apareció por primera vez cuando Eva escuchó la serpiente y desobedeció a Dios. Era así ya antes de la prueba. Por eso, se acercó la serpiente, que por su razonamiento sutil conoció la debilidad de Eva (Gén 3, 1.6). Ni en el caso de Caín comenzó la iniquidad cuando mató a su hermano (Gén 4, 8). Antes de eso, Dios, que conoce los corazones (Hech 15, 8), «no miraba propicio a Caín y su oblación» (Gén 4, 5). Pero su malicia se puso de manifiesto cuando mató a Abel. Si Noé no se hubiese emborrachado bebiendo del vino que el había cultivado, quedando desnudo, no se habrían puesto en evidencia ni la imprudencia e impiedad de Cam para con su padre ni la reverencia y respeto de sus hermanos (Gén 9, 20-23). Las insidias de Esaú contra Jacob se conocieron con ocasión de la bendición en que fue desplazado Esaú; pero la inmoralidad e impiedad de este ya tenía «raíces» (Gén 27, 41; Dt 29, 18; Heb 12, 15-16). No habríamos conocido la espléndida castidad de José, fuerte para no dejarse seducir por cualquier mal deseo, si su dueña no se hubiese enamorado de él (Gén 39, 7).

19. Por tanto, durante la tranquilidad que haya en los intervalos de las tentaciones fortifiquémonos para resistir sus ataques y preparémonos para lo que pueda ocurrir. Pase lo que pase no nos pille de improviso sino que aparezcamos como disciplinados y con esmero. Cuando hayamos hecho todo lo que esté a nuestro alcance, Dios suplirá lo que falte por causa de la debilidad humana. «Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman, de aquellos que han sido llamados según su designio» (Rom 8, 28). Él no puede equivocarse.

30. Fuertes en la tribulación

1. Me parece que Lucas en la petición «no nos dejes caer en la tentación» nos enseña implícitamente que «nos libre del malo». Es posible que el Señor hablase más brevemente al discípulo, pues tenía mejor preparación que la multitud. Hablaría con mayor amplitud a la gente que necesitaba más explicación. Dios no nos libra del malo cuando éste, que nos pone asechanzas (Ef 6, 11-12), cesa de atacarnos con sus artes y agentes que están a su disposición. Dios nos libra cuando estamos para conseguir la victoria con valentía resistiendo firmes contra lo que nos sucede. Así es como entendemos el texto: «Muchas son las desgracias del justo, pero de todas le libra el Señor» (Sal 34, 20). El Señor no nos libra de las aflicciones cuando no las tenemos (aun cuando Pablo dice: «Estamos atribulados en todo»—2 Cor 4, 8—, como si no tuviéramos un momento sin aflicción sino cuando en nuestra aflicción, con la ayuda de Dios, «no nos dejamos abatir» (2 Cor 4, 8). Según la manera de hablar de los hebreos, «estar atribulado» se refiere a una circunstancia que nos acaece sin que nosotros lo podamos evitar, mientras que «ser abatido» se dice de quien libremente ha consentido en la tribulación dejándose vencer. Pablo, pues, tiene razón cuando dice que «estamos atribulados en todo pero no aplastados» (2 Cor 4, 8). Supongo que esto mismo quiere decir el salmista: «En la angustia me das alivio» (Sal 4, 2). Porque es «alivio» el gozo y optimismo que en los momentos críticos nos viene de Dios con la cooperación y presencia del Verbo de Dios que nos anima y salva.

2. De modo semejante hay que entender la liberación del malo. No liberó Dios a Job privando a Satanás de que le acorralase con tentaciones, que las sufrió de veras, sino porque «en todo esto no pecó Job, ni profirió la menor insensatez contra Dios» (Job 1, 22). Respondió Santán al Señor: «¿Es que Job teme a Dios de balde? ¿No has levantado tú una valla en torno a él, a su casa y a todas sus posesiones? Has bendecido la obra de sus manos y sus rebaños hormiguean por el país. Pero extiende tu

mano y toca todos sus bienes. ¡Verás si no te maldice a la cara!» (Job 1, 9-11). Pero el diablo se llenó de vergüenza por haber dicho cosas falsas contra Job. Pues cuando Job sufrió tantas cosas «no maldijo a Dios en su cara» como había dicho el enemigo, antes bien, dejado a manos del tentador, continuó bendiciendo al Señor. Respondió Job a su mujer cuando le decía: «Maldice al Señor y muérete» (Job 2, 9). Job respondió: «Hablas como una estúpida cualquiera. Si aceptamos de Dios el bien, ¿no aceptaremos el mal?» (Job 2, 10). Por segunda vez intervino el diablo: «¡Piel por piel. Todo lo que el hombre posee lo da por su vida. Pero extiende tu mano y toca sus huesos y su carne; verás si no te maldice a la cara!» (Job 2, 4-5). El diablo fue vencido por ese atleta de virtud y quedó por mentiroso, porque Job, que pasó por tantos sufrimientos, «no pecó con sus labios» ante Dios (Job 2, 10). Job luchó y venció dos veces. No entró en guerra por tercera vez porque la tercera batalla fue reservada para el Salvador. Triple combate que describen los tres evangelistas (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13; Mc 1, 12-13). Nuestro salvador en cuanto hombre ha vencido tres veces al enemigo.

3. Examinemos, pues, estas cosas con gran cuidado y procuremos que ahonden en nuestro espíritu. Escuchemos a Dios y nos haremos dignos de que Él nos escuche. En la tentación supliquémosle que no nos abrasen las flechas encendidas del malo, cuando las arroje contra nosotros (2 Cor 6, 9; Ef 6, 16). Como dice uno de los profetas (Os 7, 6), se quemán los corazones de quienes estaban predispuestos como un «horno encendido». Pero no arden los que con el escudo de la fe apagan todas las flechas encendidas que el malo envía contra ellos. Mientras tengan dentro de sí ríos de agua que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14; 7, 38) no prevalecerá la flecha del malo; serán fácilmente anuladas por el diluvio de divinos y saludables pensamientos que la contemplación de la verdad infunde en el alma de quien se esfuerza por ser espiritual.

TERCERA PARTE

CIRCUNSTANCIAS DE LA ORACIÓN

31. Disposición y compostura previas

1. Al concluir este tratado de oración, no me parece fuera de lugar hablar brevemente sobre la disposición y postura que uno debe guardar al hacer oración: lugar de oración, en que dirección situarse, tiempo apto y especial para la oración, y cosas por el estilo. La disposición se refiere al alma, la postura al cuerpo. Así Pablo, como queda dicho al principio del tratado, describe la disposición diciendo que debemos orar «sin ira ni querellas»; la postura queda expresada con estas palabras: «Elevando hacia el cielo las manos» (1 Tim 2, 8). Me hace pensar que esto está tomado de los Salmos donde se habla de «el alzar de mis manos como oblación de la tarde (Sal 141, 2). Referente al lugar, dice Pablo: «Quiero que los hombres oren en todo lugar» (1 Tim 2, 8). Con respecto a la dirección se dice en el libro de la Sabiduría: «Con ello les enseñabas que deban adelantarse al sol para darte gracias y recurrir a ti al rayar el día» (Sab 16, 28).

2. Me parece que inmediatamente antes de la oración hay que prepararse recogiéndose un poquito con lo cual estará el alma más atenta y diligente durante todo ese tiempo. Debe desechar cualquier tentación y pensamientos que distraigan. Dense cuenta, en cuanto les sea posible, de la majestad a quien se acercan, pen-

sando lo impío que es estar en su presencia sin reverencia, perezosamente y con menosprecio. En ese tiempo olvídense de todas las cosas. Ha de entrar en oración de esta manera: extienda el alma, si fuere posible, en vez de las manos; en vez de los ojos, fije en Dios la mente; en vez de estar de pie, levante del suelo la razón y así la mantenga delante del Señor. De quien parezca haberle injuriado aparte su indignación tan lejos como quiera que Dios retire su enojo contra él. Si ha hecho mal o pecado contra muchas personas o tiene idea de haber obrado contra la propia conciencia.

Muchas y diferentes pueden ser las posturas del cuerpo, pero has de preferir entre todas la de brazos extendidos y mirada levantada, porque de esta manera el cuerpo viene a ser imagen de las características que el alma ha de tener en la oración. Quiero decir que se prefiera esta posición cuando no haya alguna circunstancia que lo impida. En determinadas circunstancias se puede orar sentado, por ejemplo, si las piernas no aguantan, debido a alguna enfermedad de consideración. Se puede orar estando acostado cuando hay fiebre o alguna otra enfermedad. Depende de las circunstancias. Por ejemplo, si viajamos por mar, o si no podemos dejar el trabajo para acudir a la oración formal. Entonces podemos orar como si aparentemente no estuviésemos haciéndolo.

3. Uno debe ponerse de rodillas cuando va a hablar de sus pecados ante Dios, pues suplica le sean perdonados. Entendamos que, como dice san Pablo, esta postura es símbolo de la «actitud humilde ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en el cielo y en la tierra» (Ef 3, 14-15). Se entiende esto como genuflexión espiritual porque todo lo que existe adora a Dios en el nombre de Jesús a quien están sometidas todas las cosas. Parece decirlo el apóstol en estos términos: «Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Flp 2, 10). No parece que los cuerpos celestes tengan rodillas, pues son de forma esférica según han demostrado los que investigan seriamente estos temas. Quién no admita esto, acepta-

rá en cambio que cada miembro tiene su función propia, pues todo ha sido creado por alguna razón. Así, pues, se encontrará en este dilema: o dice que Dios ha dado inútilmente miembros a los cuerpos celestes o dice que también los órganos internos cumplen sus funciones en los cuerpos celestes. Es absurdo decir que son como estatuas, con apariencias de seres humanos por fuera pero dentro no se les parecen en nada. Son estas ocurrencias a propósito del «doblar la rodilla» del texto: «Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos en la tierra y en los abismos» (Flp 2, 10). El profeta dice lo mismo: «Ante mí se doblará toda rodilla» (Is 45, 23).

4. Con respecto al lugar sepamos que ora bien en todas partes la persona que ora bien. Pues «en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre... dice el Señor» (Mal 1, 11). Y «quiero que los hombres oren en todo lugar» (1 Tim 2, 8). Pero todos pueden, si se me permite la expresión; tener un lugar santo para la oración en el propio hogar, donde puedan recogerse tranquilamente y sin distracción. Inspecciónese bien este recinto para evitar cualquier cosa impropia del lugar decoración o que sea fuera de lo razonable. Si algo hubiere indigno, Dios retiraría su mirada tanto de las personas como del lugar de la oración. Al reflexionar sobre este lugar sugiero una idea que puede parecer dura pero no despreciable para quien lo considere despacio. Se trata del lugar donde se haga vida matrimonial, legítimamente por supuesto, pero permitida según la expresión del apóstol: «por concesión, no por mandato». Cabe preguntarse si este sería lugar santo y puro a los ojos de Dios. Porque si a uno le resulta imposible sacar tiempo para orar como es debido, a no ser que «de común acuerdo» lo dispongan (1 Cor 7, 5) lo mismo se puede decir del lugar.

5. El lugar de oración, el sitio donde se reúnen los fieles, tiene probablemente gracia especial para ayudarnos, porque los ángeles acompañan en las asambleas de los fieles. También el poder de nuestro Señor y Salvador, y las benditas almas de los difuntos y aún de los vivos, aunque esto no sea fácil de explicar. Con respecto a los ángeles podemos discurrir de este modo. Si es

cierto que «acampa el ángel del Señor en torno a los que le temen y los libra» (Sal 34, 8); si es cierto lo que refiere Jacob no sólo de sí mismo sino de todos los que confían en Dios cuando dice «el ángel que me ha rescatado de todo mal» (Gn 48, 16), entonces es probable que cuando mucha gente se reúne sólo para alabar a Jesucristo, el ángel de cada uno está en torno a los que temen al Señor, junto a la persona que le ha sido encomendada. Por consiguiente, cuando se reúnen los santos hay una doble iglesia o asamblea: la de los hombres y la de los ángeles. Refiriéndose a Tobías, dice Rafael que «no hacía más que presentar la oración de Tobías; leía ante la gloria del Señor el memorial» (Tob 12, 12). Luego dice lo mismo de Sara, la nuera de Tobías por casarse con el hijo de éste. ¿Qué diríamos, pues, cuando en muchas personas en el mismo camino, con el mismo ideal y sentimientos se reúnen formando el cuerpo de Cristo? Refiriéndose al poder del Señor presente en la iglesia, dice Pablo: «En nombre del Señor Jesús, reunidos vosotros y mi espíritu» (1 Cor 5, 4). Quiere decir que el poder de Jesucristo, el Señor, está con los corintios tanto como con los efesios. Si Pablo, todavía en cuerpo mortal, da por supuesto que está presente en espíritu durante las asambleas de los corintios, no debemos desechar la idea de que también las benditas almas de los difuntos acuden a las asambleas con más diligencia aún que los que tienen cuerpo. Por eso, no se menosprecien las oraciones comunitarias, ya que añaden algo excelente a quienes piadosamente se reúnen.

6. El poder de Jesús, el espíritu de Pablo y de otros parecidos a él, los ángeles del Señor protegen a cada uno de los santos, los acompañan en sus caminos y se reúnen con aquellos que piadosamente se congregan. Por eso hemos de procurar que nadie se haga indigno del ángel santo y despreciando a Dios se entregue al diablo por sus pecados e iniquidades. Tal persona, aun cuando no haya muchos que se le parezcan, no escapará por mucho tiempo a la providencia de los ángeles que cumpliendo la voluntad de Dios velan por el bien de la Iglesia. Ellos darán a conocer públicamente los errores de tal persona.

Pero los ángeles no cuidarán de quienes en gran número se reúnen al modo de sociedades de negocios para tratar de asuntos materiales. Así lo dice el Señor por Isaías: «Cuando venís a presentaros ante mí... al extender vuestras palmas me tapo los ojos para no veros. Aunque menudeen vuestras plegarias yo no oigo» (Is 1, 12. 15). Quizás correspondiendo al pueblo santo y a los ángeles buenos antes mencionados existan otras agrupaciones de hombres perversos y ángeles malos. De tal consorcio podrían decir los ángeles santos y hombres piadosos: «No voy a sentarme con los falsos, no ando con hipócritas; odio la asamblea de los malhechores y al lado de los impíos no me siento» (Sal 26, 4-5).

7. Por eso creo que los habitantes de Jerusalén y los de toda Judea fueron entregados a sus enemigos. Dios los abandonó porque con sus muchos pecados se habían apartado de la ley. Les negaron los ángeles su protección y los hombres buenos su apoyo. Así grupos enteros quedan abandonados y caen en la tentación. «Aún lo que creían tener se les quita» (Lc 8, 18; Mt 13, 12; 25, 29; Mc 4, 25; Lc 19, 26). Como la higuera que fue «maldecida y arrancada de raíz» por no dar fruto cuando Jesús tenía hambre (Mc 11, 20-21; Mt 21, 18-19), se secaron y perdieron la poca vida de fe que tenían.

Me pareció necesario hablar de estas cosas al tratar del lugar de la oración y recomendar que se prefiera hacer en las asambleas de los santos congregados con gran reverencia en la iglesia.

32. Hacia el oriente

Digamos ahora una palabra con respecto a la dirección en que se ha de mirar al hacer oración. Cuatro son los puntos cardinales: norte, sur, este y oeste. Cualquiera persona reconoce sin la menor duda que debemos orar mirando al oriente, expresión simbólica del alma que mira al levante de la luz verdadera. Alguna persona, en cambio, prefiere orar sea cualquiera la dirección a que esté orientada la puerta de la casa, bajo la idea de que en

lugar de mirar a la pared se inspira mejor contemplando el cielo, aunque la puerta de la casa no mire al oriente. Se le responde como sigue: por decisión humana los edificios miran indistintamente a una u otra parte, pero por naturaleza es preferible el oriente. Lo que es por naturaleza ha de anteponerse a lo arbitrario. Según esto, si alguien desea orar al aire libre ¿tendrá que mirar al oriente y no al occidente? Claro que sí. Es más razonable dirigirse hacia el oriente, por lo cual se procure hacer así en todas partes. Ya es bastante sobre el tema.

33. Fines de la oración: adoración, gracias, perdón, peticiones

1. Creo que debo concluir este tratado de la oración tocando brevemente cuatro puntos de que he hablado en distintos lugares de las Santas Escrituras. Todos deberían tenerlos en cuenta. Son éstos: al comenzar debemos dirigir fervorosa *adoración* al Padre, por Jesucristo, y el Espíritu Santo, glorificados y alabados igualmente con el Padre. Sigue la *acción de gracias* por los beneficios que todo el mundo recibe, y en particular cada cual por los propios. En tercer lugar, creo que uno debe *acusarse* sin compasión ante Dios de los propios pecados pidiendo dos cosas: primera que le libre del hábito de pecar, y segunda que le perdone todos los pecados cometidos. Después de esta confesión, a mi parecer, ha de añadirse la *petición* de grandes y celestes mercedes, para uno mismo en particular y para todo el mundo, empezando por los familiares amigos más queridos. La oración concluirá con una doxología o alabanza a Dios por Jesucristo en el Espíritu Santo.

2. Como dije antes, he hallado estos puntos diseminados a lo largo de la Biblia. Ante todo, la *adoración* y alabanza se pueden ver en estas palabras del Salmo 104: «¡Alma mía, bendice al Señor! ¡Señor, Dios mío, qué grande eres! Vestido de esplendor y majestad, arropado de luz como de mi manto. Tú despliegas los

cielos lo mismo que una tienda, levantas las aguas de tus altas moradas; haciendo de las nubes carro tuyo, sobre las alas del viento te deslizas; tomas por mensajeros a los vientos, a las llamas del fuego por ministros. Sobre sus bases asentaste la tierra, inmovible para siempre jamás. Del océano, cual vestido, la cubriste; sobre los montes persistían las aguas; al increparlas tú emprenden la huida, de tu trueno a la voz se precipitan» (Sal 104, 1-7). Casi todo este salmo es una alabanza a Dios Padre. Cada cual puede por sí mismo seleccionar más ejemplos y comprobar con cuanta frecuencia recurre el tema de la alabanza por todas las Escrituras.

3. Como ejemplo de *acción de gracias* cito lo que se refiere en el libro segundo de Samuel sobre David. Cuando el profeta Natán le dio a conocer las promesas del Señor, lleno de admiración por tantos dones, exclamó David en *acción de gracias*: «¿Quién soy yo, Señor Dios mío, y qué es mi casa para que tanto me ames? Yo era insignificante a tus ojos, Señor, y tú anuncias a la casa de tu siervo grandes cosas para el futuro... ¿Qué más puede decirte David, pues conoces a tu siervo? Por amor a mí has realizado tan grandes cosas. Eres grande, Señor, nadie como tú, no hay nadie fuera de ti. Según tu corazón has realizado todas estas grandezas dándolas a conocer a tu siervo para que pueda glorificarte, Señor Dios mío» (2 Sam 7, 18-22, vers. LXX).

4. Ejemplo de *confesión* son estos textos: «De todas mis rebeldías líbrame» (Sal 39, 9). «Que mis culpas sobrepasan mi cabeza como un peso harto grave para mí; mis llagas son hedor y putridez debido a mi locura; encorvado, abatido totalmente, sombrío ando todo el día» (Sal 38, 5-6).

5. Un ejemplo de *petición* es el siguiente: «No me arrebatas con los impíos, ni con los agentes del mal» (Sal 28, 3).

6. Y habiendo comenzado la oración con himnos de alabanza se termine también glorificando al Padre del universo por Jesucristo en el Espíritu Santo, a quien sea dada la gloria por siempre (Rom 16, 27; Heb 13, 21; Gál 1, 5; 2 Tim 4, 18).

34. Palabra final

Ya veis, hermanos Ambrosio y Taciana, tan sinceramente deseosos de cultivaros en la piedad, las conclusiones hasta donde mis alcances pueden llegar al tratar de oración que tanto me preocupa, concretamente la oración del Evangelio según el texto de Mateo. Si os esforzáis por avanzar, «olvidando lo que dejáis atrás y lanzándoos a lo que está por delante»; si rezáis por mí y mis estudios, guardo la esperanza de que Dios me conceda poder añadir otro tratado sobre estos puntos, más extenso y con mayor profundidad y claridad. Por ahora, sin embargo, lee esto y perdona.

ÍNDICE

1. De lo imposible a lo real	13
2. Objeto y modo de la oración. Con la gracia de Dios	14

PRIMERA PARTE

La oración en general

3. Oración: voto y plegaria	19
4. Terminología: conclusión	21
5. Objeciones contra la oración	22
6. El libre albedrío	25
7. Libertad fijada a los astros	29
8. Condicionamientos de la oración	30
9. Mansedumbre y perdón	31
10. Confianza y perseverancia	33
11. Orar con Cristo, con los ángeles y con los santos	34
12. La oración, arma poderosa	37
13. Cristo, la Escritura, la experiencia	38
14. Lo que debemos pedir	42
15. Al Padre por el Hijo	45
16. Pidamos lo mejor	47
17. Luces y sombras	49

SEGUNDA PARTE

El Padrenuestro

18. Dos textos del Padrenuestro	53
19. Rectitud de intención	54
20. Dentro de sí	56
21. Palabría... no	57
22. Dios Padre	59
23. ¿Que es el cielo?	62
24. El nombre de Dios	65
25. El reino de Dios	68
26. En la tierra como en el cielo	71
27. Nuestro pan sustancial	74
28. Nuestras deudas	85
29. ¡Oh Dios, no me abandones!	90
30. Fuertes en la tribulación	101

TERCERA PARTE

Circunstancia de la oración

31. Disposición y compostura previas	103
32. Hacia el oriente	107
33. Fines de la oración: adoración, gracias, perdón, peticiones	108
34. Palabra final	110